

petar su autoridad y de mantener á todo trance el orden, y el país volvió á la vida normal.

☉ Como por ensalmo, los ánimos comenzaron á serenarse, los capitales á entrar en circulación, y la solvencia del erario y el pago casi siempre regular del ejército de empleados, que constituye importantísimo elemento social y mercantil, dieron cohesión creciente al poder. Este estado de cosas se reflejó en el exterior; los intereses extranjeros aquí radicados, ejercieron su fuerza de atracción sobre los que fuera de aquí estaban en conexión con ellos, y el gran problema de las vías de comunicación tuvo un principio de solución al organizarse definitivamente los trabajos que iban á unir por medio de un gran ferrocarril la capital política y mercantil de la República con el principal de nuestros puertos.

☉ En otro orden de actividades puso el Gobierno la mano con impulsadora energía: Juárez creía de su deber, deber de raza y de creencia, sacar á la familia indígena de su postración moral, la superstición; de la abyección religiosa, el fanatismo; de la abyección mental, la ignorancia; de la abyección fisiológica, el alcoholismo, á un estado mejor, aun cuando fuese lentamente mejor, y el principal instrumento de esta regeneración, la escuela, fué su anhelo y su devoción; todo debía basarse allí. Un día dijo al autor de estas líneas, estudiante impaciente de la realización repentina de ideales y ensueños: «Desearía que el protestantismo se mejicanizara conquistando á los indios; éstos necesitan una religión que les obligue á leer y no les obligue á gastar sus ahorros en cirios para los santos.» Y comprendiendo que las burguesías, en que forzosamente se recluta la dirección política y social del país, por la estructura misma de la sociedad moderna, necesitaban realmente una educación preparadora del porvenir, confió á dos eximios hombres de ciencia (uno de los cuales tenía toda la magnitud de un fundador) la reforma de las escuelas superiores; la secundaria, ó PREPARATORIA, resultó una creación imperecedera, animada por el alma de Gabino Barreda.

☉ Flor de aquellas horas de esperanza y de reposo, cuyo perfume era el espíritu mismo de la patria resucitada, la literatura tuvo su epifanía triunfal. Tornó la República á oír las voces amadas de sus grandes oradores, de sus grandes poetas: Ramírez, Altamirano, Prieto, Zamacona, Zarco, y, á su sombra refrigerante y fecunda, las de los dioses menores y del enjambre sonoro de los nuevos, de los que tenían veinte años. A ellos vinieron los vencidos, y parecía que al son de la lira una nueva república de concordia y de amor iba á levantarse en la aurora de la era nueva.



☉ Por desgracia, las nubes malas se alzaban en el horizonte; ya lo hemos dicho, jamás había habido en la República, á pesar de haberse sucedido sin interrupción las guerras civiles y los estados anárquicos, una masa de gente armada semejante á la que estaba en pie en todos los ámbitos del país, de Yucatán á Sonora, al día siguiente del triunfo; los Estados, al reabsorber una gran mayoría de esas fuerzas, cuando hubo sido hecha la selección del ejército nacional, se en-

contraron con que aquellos hombres acostumbrados á la aventura, al merodeo, al pillaje, al combate, desdeñaban el trabajo industrial ó agrícola, tan poco remuneratorio que parecía irrisión ofrecérselo; les era más ventajosa la guerrilla por cuenta de cualquier plan político, ó la gavilla por cuenta propia, y no era fácil distinguir los matices que diferenciaban unos grupos de otros. Ésta era la substancia, el plasma que debía aglutinarse en torno de núcleos que á toda prisa se constituían á la vista del Gobierno, cuyos prohombres los vigilaban y se preparaban á deshacerlos. Los oficiales excluidos del ejército, injustamente no pocos, por necesidad muchos, otros por razones claras de dignidad y conveniencia; los que, aunque republicanos, resultaban excomulgados políticos, porque estuvieron á punto de desintegrar en las horas más rudas de la prueba al partido republicano, y los excomulgados de la patria como traidores, que aunque estaban bien penetrados de la imposibilidad de restaurar el Imperio, eran víctimas de la imposibilidad de llevar otra vida que la militar, éstos eran los elementos irreducibles de los focos de la revuelta futura. Y como con ellos confinaba el ejército mismo, resultaba éste accesible á la tentación, al soborno, á la indisciplina y á la rebelión, no en su cuerpo mismo, pero sí en muchos de sus componentes viciados, aquellos, sobre todo, que intentaban, bajo la influencia de las tendencias locales, resistir la acción cada vez más concentradora del Gobierno federal.

☉ A raíz de la elección de Juárez, que fué, como hemos dicho, un gran acto de honra nacional, las manifestaciones esporádicas de la anarquía latente comenzaron; pero á todas se sobreponía un gran esfuerzo del país para vivir en paz y un gran esfuerzo del Gobierno por mantenerla. Desde entonces esta idea entró en lo más hondo del cerebro nacional, fué una obsesión: la paz es nuestra condición primera de vida; sin la paz marchamos al estancamiento definitivo de nuestro desenvolvimiento interior y á una irremediable catástrofe internacional.

☉ Pero el Gobierno agotaba sus recursos á medida que hacía sentir su acción á mayor distancia: ya en Sonora y Sinaloa, en donde las enconosas rencillas locales encendían la lucha; ya en Yucatán, en donde el imperialismo había tenido gran séquito, y en donde, si ya había muerto como programa, vivía como rencor, y ya en el centro mismo, en Puebla, de que estuvo á punto de adueñarse un voluble y quimérico CONDOTIERO de nuestras reyertas fratricidas, aquel que tuvo la suerte de retener un día, en los bordados de su KEPI de general, un destello del sol de Mayo de 62, y que fraguó el asalto de una «conducta de caudales» con el mismo desplante con que tramaba un plan político. Todo ello era sintomático de un estado agudo que precisaba transformar á todo trance: las medidas conducentes á precipitar la evolución mental del pueblo mejicano por medio de la escuela, y la evolución económica por medio de la vía férrea, no se descuidaron, sin embargo, un momento; pero eran de resultados muy lentos, y hervían los elementos malos.

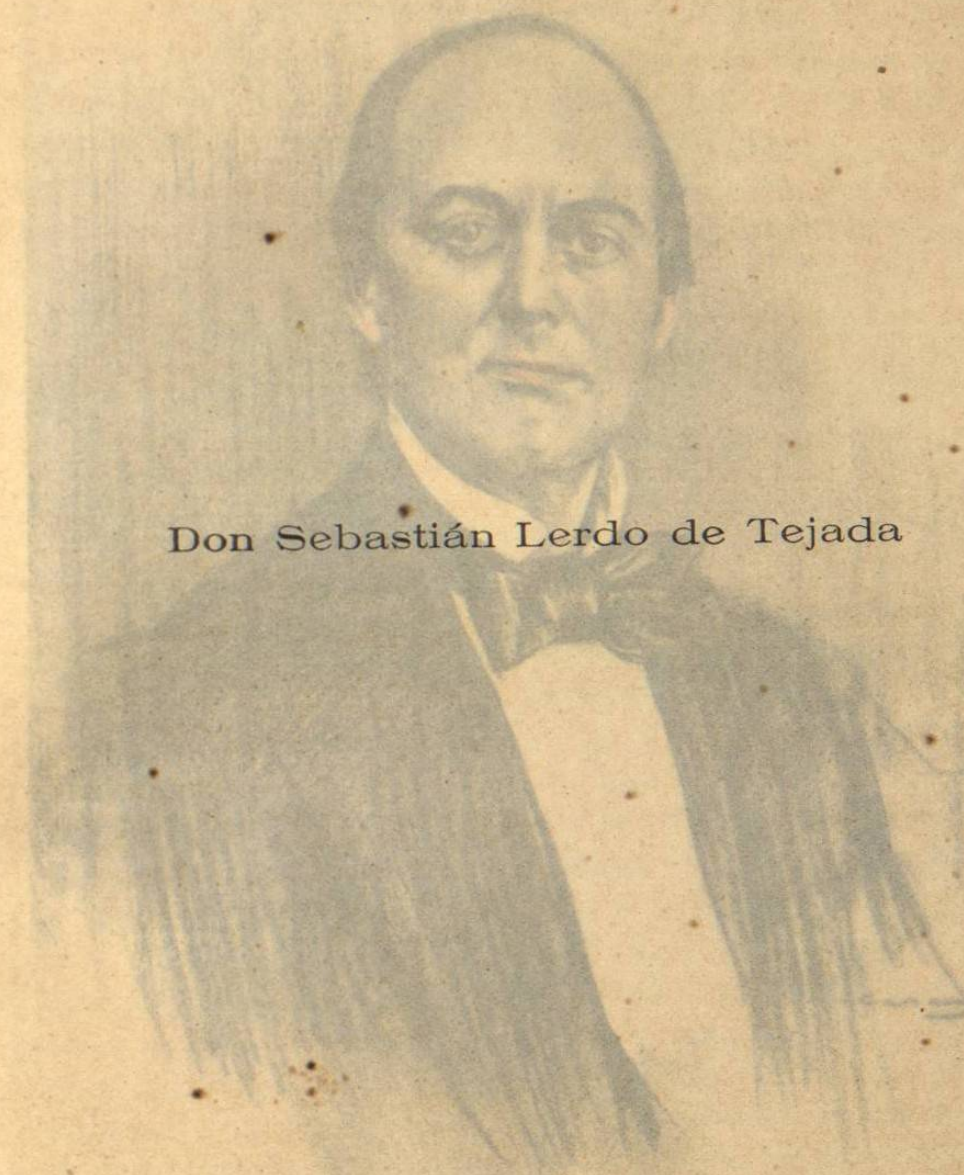
El ejército mismo, mal retribuido con frecuencia, resistente á todo trabajo severo de reorganización, minado por las ambiciones de los jefes, tradicionalmente habituados á encontrar el premio del ascenso en la lotería del pronuncia-

miento, y complicado en las contiendas políticas de los Estados, en que había un grupo siempre dispuesto á emplear la violencia para arrancar del poder y de la caja del erario al grupo gobernante, el ejército mismo comenzó á ser una amenaza. Pero esto sirvió para probarlo, rehacerlo y disciplinarlo mejor; por dondequiera el Gobierno se sobreponía y castigaba rudamente á los rebeldes, y eso que alguna vez la asonada fué formidable y envolvió á los Estados más importantes del interior, como San Luis, Zacatecas, Jalisco. La represión solía ser muy sangrienta; mas ella indujo á la masa social á comenzar á creer que el Gobierno se sobrepondría á toda revuelta; era una esperanza.

Pero llegó la época electoral en pleno trabajo de reconstitución, en lo más delicado y difícil de una labor penosísima; ni en la Cámara, ni en la prensa, ni en la opinión aparecía un caudillo capaz de hacer contrapeso á Juárez; Lerdo, á pesar del gran prestigio de su inteligencia y del grupo de hombres importantes que le rodeaba, no era popular y no podía aspirar á la suprema magistratura sin el apoyo de Juárez; el general Porfirio Díaz, que con sus laureles inmarcitos y gloriosos había pasado de la victoria al retraimiento, era el centro de los anhelos, de los despechos, de los resentimientos del elemento militar excluido del presupuesto ó excomulgado de la vida pública; su ascendiente, su entereza, su probidad lo habían transformado de caudillo militar en caudillo político, y era temible, y era popular, como lo son siempre los hombres de espada cuando se les cree capaces de acometer una gran empresa y triunfar; mas había gran desconfianza de sus aptitudes de estadista y su popularidad propia no se transmitía á sus amigos civiles, que todos señalaban y á quienes parecía irremediabilmente subalternado.

☞ La brevedad del período presidencial, copiada de la Constitución de los Estados Unidos, pueblo en que los factores de estabilidad tienen incalculable potencia, nos condenaba, ó á obras gubernativas diminutas y fragmentarias, ó á renovar periódicamente, con las reelecciones, el argumento de la violación del sufragio, bastante ridículo en un país cuya inmensa mayoría no votaba, pero que tenía que producir gran efecto, porque precisamente por nuestros hábitos y nuestra educación, será siempre quizás un argumento jurídicamente irrefutable. ¿Cómo probará nunca un gobernante que se hace reelegir, que no ha violado clandestinamente el voto público? Y como las violaciones del sufragio en los pueblos latinos, aun cuando sean sancionadas por el juicio del poder constitucional á ello destinado, no tienen, por corolario, como en los pueblos sajones, un aplazamiento para la nueva lucha electoral, sino la protesta á mano armada y la revuelta, era claro que la decisión de Juárez de hacerse reelegir (decisión acertada, porque, de lo contrario, habría sido irremediable la anarquía) sería el prefacio de la guerra civil.

☞ La actitud del general Díaz, la escisión entre Juárez y Lerdo, cosa tenida por



Don Sebastián Lerdo de Tejada

miento, y complicado en las contiendas políticas de los Estados, en que había un grupo siempre dispuesto á emplear la violencia para arrebatar el poder y de la casa del erario al grupo gobernante, el ejército mismo comenzó á ser una amenaza. Pero esto sirvió para probarlo, rehacerlo y disciplinarlo mejor: así cuando quieto el Gobierno se sobreponía y castigaba rudamente á los rebeldes, y así que alguna vez la asonada fué formidable y envolvió á los Estados de los interiores, como San Luis, Zacatecas, Jalisco. La revolución mexicana muy sangrienta; mas ella sirvió á la masa social á comenzar á organizarse; el Gobierno se sobrepondría á toda revuelta; era una esperanza.

Pero llegó la época electoral en pleno trabajo de reconstrucción, en lo más delicado y difícil de una labor penosísima; ni en la Cámara, ni en la prensa, ni en la opinión apareció un caudillo capaz de hacer contrapeso á Juárez; Lerdo, á pesar del gran prestigio de su inteligencia y del grupo de hombres inteligentes que le rodeaba, no era popular y no podía aspirar á la supremacía política; el apoyo de Juárez; el general Porfirio Díaz, un hombre de guerra, de los deseos, de los resentimientos del elemento militar, de los deseos de obediencia ó excoñuigados de la vida pública; su estorbo, su probidad lo habían transformado de caudillo militar en caudillo político, y era temible, y era popular, como lo son siempre los hombres de espada cuando se les cree capaces de acometer una gran empresa y triunfar; mas había gran desconfianza de sus aptitudes de estadista y su popularidad propia no se transmitía á sus amigos civiles, que todos señalaban y á quienes parecía irremediablemente subalterno.

La brevedad del periodo presidencial, copiada de la Constitución de los Estados Unidos; puebla en que los factores de estabilidad fueran incapaces de resistir, no condenaba, ó á obras gubernativas simoníacas y larguísimas, ó á un mayor período, con las restricciones, el argumento de que el período del sufragio, bastante ridículo en un país cuya historia muestra que el sufragio que tanta que producir gran efecto, porque precisamente por ser un sufragio y no una elección, será siempre quisié un argumento jurídico, que no podía probarse nunca un gobernante que se hace reelegir, que no es reelegido, claudicando ante el voto público? Y como las violaciones de la Constitución en los pueblos leños, aun cuando sean sancionadas por el voto popular, constitucional á ello destinado, no tienen, por corolario, sino la pérdida de la confianza, un aplazamiento para la nueva lucha electoral, sino la pérdida de la confianza y la revuelta, sea claro que la decisión de Juárez de no reelegir á Lerdo, si bien acertada, porque, de lo contrario, habría sido irremediable la intervención de la guerra civil.

La actitud del general Díaz, la exclusión entre Juárez y Lerdo, cosa que...

